

## ¡El "padre de la nación" es vil!

*OCCIDENTE, MÁS QUE nunca, ha de ayudar al mundo árabe a abandonar esta espiral de la maldición en cuyo seno un dictador sucede a otro dictador*

*NO HAY MÁS QUE recordar que Saddam Hussein fue ayudado y alentado por los norteamericanos y luego por los europeos*

TAHAR BEN JELLOUN - 02:46 horas - 21/12/2003

Los árabes son gente susceptible. Además, su lógica no tiene nada que ver con la de la racionalidad occidental. Son gente sentimental; se dejan llevar por sus emociones y sentimientos. Poseen el sentido de la familia, del clan y de la tribu. Para ellos, un individuo debe obedecer a su clan, no a su personal y único sentido de la responsabilidad. Les gusta llamarse "hermanos" y son proclives a guerrear entre sí. Les gusta besarse y pronunciar discursos poéticos y metafóricos. Se reconcilian con tanta facilidad como se enfadan. Lo que cuenta es la noción que tienen de su identidad, una identidad árabe

que supera todos los problemas. Aun sin hallarse unidos, aunque sus estados defiendan puntos de vista opuestos sobre problemas de fondo, a los ciudadanos del mundo árabe les afecta y concierne por todo lo que sucede en cualquier país del ámbito árabe-musulmán. Esta noción de pertenencia es fuerte porque es sentimental, se basa en una afectividad a flor de piel. Consecuentemente, las imágenes degradantes de la captura de Saddam han ejercido un efecto terrible sobre las poblaciones árabes. Si hay que creer los ecos transmitidos por la prensa, los árabes se han sentido conmocionados y humillados, una vez más, por la potencia norteamericana. No quiere decirse que se hayan identificado con el dictador, pero el hecho de que es un árabe el individuo tratado como un animal o un bandido les ha herido en lo más hondo, incitándoles a denunciar los métodos inhumanos del Ejército de ocupación norteamericano.

Estas imágenes han ejercido un impacto aún mayor en el mundo simbólico y el inconsciente colectivo de los árabes: la derrota de Saddam, aunque personal, no deja de ser la derrota de todos los árabes. Son millones los que detestan a este hombre, le rechazan e incluso han llegado a combatirlo. Pero, ¿era necesario mostrar estas imágenes tan crueles, tan terribles que recuerdan el drama del mundo árabe que no cesa de vivir y de morir según las leyes de la maldición? En última instancia, lamentan que no le hayan capturado los iraquíes.

Los árabes, que han acostumbrado a definirse con relación a Occidente –que admiran, envidian y del que desconfían–, han necesitado siempre un líder carismático, un padre de la nación, una figura ideal que les muestre la senda que seguir. La cuestión viene de lejos, de los tiempos del profeta Mahoma, que fue un jefe de clan, un guerrero y un jefe y guía espiritual. Maxime Rodinson, autor de una magistral biografía de Mahoma, habla del "Profeta armado"; es decir, de alguien que ha tenido que batirse para convencer a las tribus de la

veracidad de la palabra divina y se ha presentado como jefe de una nación, la naciente nación musulmana.

Esta imagen de un dirigente armado la encontramos en la historia reciente del mundo árabe. El presidente egipcio Nasser era un oficial de las fuerzas armadas. Subió al poder en 1952 mediante un golpe de Estado encabezado por “oficiales libres”; gobernó por la fuerza y se valió de su carisma personal hasta el punto de presentarse como el símbolo de los dirigentes árabes. Incluso intentó en 1958 crear una entidad unificada con Jordania y Siria. El día en que, después de la derrota del 6 de junio de 1967 contra Israel, decidió dimitir, el pueblo egipcio bajó en masa a la calle para que reconsiderara su decisión. Los hombres gritaban, algunos lloraban. La relación entre el pueblo y su dirigente –aunque sea un dictador– es una relación afectiva fuerte. Este mismo pueblo bajó a las calles de El Cairo el día en que murió su líder. Violentas escenas de llantos y gritos acompañaron el cortejo fúnebre (¿difícilmente puede uno imaginarse al pueblo italiano llorar en masa la muerte de su primer ministro!). Nasser marcó a varias generaciones de ciudadanos e incluso de dirigentes árabes. Gaddafi es su discípulo, con menor carisma y algunos errores graves adicionales.

Hafez El Assad, que mandó sin discusión sobre Siria, era un hombre distante y temido. Cultivó su sentido de la personalidad sin dejar de ejercer una dictadura enérgica y circunspecta sobre su pueblo. Su hijo y sucesor parece seguir los pasos de su padre. No hay democracia, no hay libertades públicas. El pueblo se halla sometido a un férreo control. Es una forma eficaz de hacer política pero, como se dice en árabe, “el temor no equivale al respeto”. Saddam, que fue el hermano y adversario de El Assad (los dos dirigentes procedían del partido Baas, laico y socialista), calcó su sistema sobre el de su vecino aunque de forma menos inteligente y con una desmesurada sed de poder. Quiso ser una figura “absoluta” a ojos de su pueblo; es decir, una especie de destino bienhechor por más que en el camino hubiera de sacrificar millones de personas. No era amado, pero nadie podía decirlo. Acabó por creer en su propia demagogia. Todos los que intentaron oponérsele fueron liquidados físicamente. Era un absoluto: como Stalin, como Dios, como una maldición celestial...

Su derrota al día de hoy constituye una terapia para el porvenir del mundo árabe. Estas imágenes, tan violentas –y tan criticables– alimentarán el universo simbólico de los pueblos árabes. Tal vez se liberarán de esta necesidad neurótica de tener un líder maquiavélico y dictatorial. Tal vez se despertarán y reclamarán un sistema político no basado en el culto a la personalidad que, sobre todo, aplique una cultura de la democracia. Se trata de nacer a la historia, es decir, recuperar el retraso cultural y político; reconocer la existencia y realidad del individuo; acabar con el padre, el “padre de la nación” que infantiliza a sus hijos (el pueblo); liberarse de la huella del arcaísmo religioso, ya que si bien el islam constituye un factor identitario, no puede ser un motor de la dinámica de progreso y racionalidad.

El islam debe permanecer en el seno de los corazones y las conciencias. Las fuerzas armadas deben permanecer en los cuarteles. Para alcanzar esta emancipación, se precisan tiempo y voluntad.

Occidente, hoy más que nunca, ha de ayudar al mundo árabe a abandonar esta espiral de la maldición en cuyo seno un dictador sucede a otro dictador, las necesidades del pueblo se pasan por alto y unos pocos se reparten las riquezas del país. No hay más que recordar que Saddam fue ayudado y alentado por los norteamericanos y luego por los europeos. Saddam gaseó a los

kurdos el 16 de marzo de 1988 con sustancias tóxicas y aviones alemanes y franceses. Se le dejó hacer porque había intereses en juego. No hay nada que esperar de instancias políticas como la Liga Árabe o las reuniones de jefes de Estado. El cambio sólo puede provenir del seno de estas sociedades que no cesan de sufrir y ser humilladas por dirigentes que gobiernan con el miedo y la sangre. Además, en el caso de Saddam se advierte que es ruín y cobarde, alguien cuya bajeza e indignidad se han demostrado sobradamente.

¡Ojalá este electroshock político contribuya a despertar al mundo árabe!

TAHAR BEN JELLOUN, escritor. Premio Goncourt 1987  
Traducción: José María Puig de la Bellacasa

---

LA VANGUARDIA, el diario más vendido en Catalunya Control OJD-WWW  
Copyright La Vanguardia Ediciones S.L. y Iniciativas Digital Media S.L. All Rights Reserved Aviso Legal